

Manuel Crespillo

*LA IDEA DEL LÍMITE EN FILOLOGÍA*

Málaga, 1999

## ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	9
EL PROBLEMA DE LA INTERPRETACIÓN FILOLÓGICA .....	15
LA ACTIVIDAD DE LA FILOLOGÍA A LA LUZ DE LA EXPERIENCIA DE NIETZSCHE .....	55
DEFENSA DEL GRAN ESTILO: ROHDE Y LA FILOLOGÍA DEL ESPÍRITU .....	89
¿PARA QUÉ SCHOPENHAUER, HOY? .....	151
TEORÍA DEL COMENTARIO DE TEXTOS .....	191
LA LITERATURA COMO DISOLUCIÓN .....	231
RÉPLICA A «DISCURSOS DEL MÉTODO» .....	261
FUNDAMENTOS DE EXÉGESIS LINGÜÍSTICA .....	285
LA IMAGEN DE LA COMUNICACIÓN EN EL ESTRUCTURALISMO LINGÜÍSTICO .....	311
LA PARADOJA DEL INTÉRPRETE: PRELIMINARES CRÍTICOS A LA TEORÍA SOCIOLINGÜÍSTICA	345
LENGUA NOMINAL FRENTE A LENGUA COMUNAL: NOMBRAR Y CONOCER EN LA OBRA DE WALTER BENJAMÍN .....	363

## INTRODUCCIÓN

*La idea del límite en filología*, título de una primera recopilación de algunos de mis trabajos, refleja una vieja inquietud que penetró hasta las raíces de mi educación filológica juvenil, y que ha marcado, a veces de manera consciente y otras sin apenas darme cuenta, la actitud testimonial de toda una vida universitaria que cumple ahora veinticinco años. Responde a la elaboración por mí fijada de la *exégesis* como instrumento de análisis en el horizonte de la cultura y en la vida del espíritu, surge de mi convencimiento de que el mundo científico y todo el universo técnico en general es una invención ruin que ensombrece y quebranta la vida de las humanidades, y también refleja, por qué no decirlo con absoluta claridad, mi profundo desprecio por quienes tienen relaciones profesionales o interesadas con algunos de los reinos científicos del saber. Y lo peor de todo no es sentirlo, desde el nacimiento de la primera modernidad, perdedores históricos del largo conflicto que enfrenta a las humanidades con el mundo de las ciencias sino comprobar fehacientemente que detrás de muchos humanistas hay numerosos científicos frustrados.

Comencé mi andadura filológica enormemente entusiasmado ante la tarea de describir algunos de los mecanismos que rigen la vida de las lenguas, pero me percaté muy pronto de que ésta era una actividad absolutamente imposible. Aun cuando tardara más de una década en saber por qué, hoy me siento enormemente satisfecho de haber logrado extrapolar a las humanidades en general y a la práctica filológica en particular el concepto de *mimesis*, al cual me refiero en el capítulo primero, «El problema de la interpretación filológica», escrito expresamente para este libro. Si la *mimesis* no es desde luego mi concepto capital, sí ha sido, sin embargo, el más decisivo. Determinó todo el desdén que siento por aquellos humanistas que imitan métodos o técnicas propias del mundo cien-

tificopositivo así como por aquellos otros, todavía más abundantes, que conforman sus recintos humanos elaborando sistemas que guardan determinada semejanza o paralelismo con cualquier actividad científica hasta el punto de que creen construir objetos o elaborar teorías haciendo un uso científico —uso que en realidad es puramente imaginario— de la disciplina que cultivan. Así, pues, el concepto mimesis ha sido tan determinante que desde la retrospectiva actual lo juzgo como el impacto epistemológico más importante de mi actividad filológica. No haber descubierto la mimesis antes de 1986 convierte a mis trabajos anteriores a esa fecha en bastante vulnerables, y hace que contengan tantos aspectos discutibles que no tendría inconveniente en reprobarlos y renunciar a su autoría. Éste es el motivo por el que no los incluyo en este libro, de manera que de toda esa primera época sólo recopilé un trabajo completo, a saber, «La imagen de la comunicación en el estructuralismo lingüístico», *Verba*, 9, 1982, págs. 41-75, y no porque hoy pudiera reivindicarlo en su totalidad, pues de hecho también prescindiría de las páginas 64 a 75, sino porque en ese texto descubrí por primera vez una categoría importantísima para mi pensamiento ulterior: la *lingüística del sujeto*, y también la consideración de ésta como una *técnica de interpretación*.

Ya en 1986, en mi libro *Historia y mito de la lingüística transformatoria*, el concepto mimesis está expuesto página tras página con absoluta claridad y puedo decir que su impacto fue tan considerable que provocó el abandono de mis preocupaciones lingüísticas. Así que hoy es un buen momento para reconocer que la faceta lingüística de mi formación filológica reviste desde entonces un carácter secundario y que durante cierto tiempo estuve tan desorientado que en los cinco años siguientes a 1986 sólo pude escribir dos artículos sobre un libro de cuentos —se trataba del libro de Julio Calviño, *Del Cero y sus múltiplos*; un artículo apareció en *Analecta Malacitana*, x, 2, 1987 y el otro en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 467, 1989— o sobre temas no filológicos, alguno de los cuales —como, por ejemplo, *Indagaciones sobre lo femenino*— me causó tantos trastornos que ni siquiera merece la pena recordarlos en un libro como éste.

Debo reconocer que una desorientación como la que acabo de exponer, surgida a raíz del descubrimiento de un concepto, llegó a alterar mi vida académica: pertenezco actualmente al área de «Literatura española», provengo de «Lengua española» y, sin embargo, debiera estar adscrito a «Teoría de la literatura». Y figurar académicamente con un perfil inapropiado no sería lo más relevante, si no fuera porque desde hace una década defiendo más bien en soledad la recuperación de nuestros orígenes filológicos y la necesidad de cultivar la lengua y la literatura unidas para no destruir el bien ganancial de la filología. Pero ahora que la división filológica se ha consumado académicamente en España, se tiene la impresión de que cuando uno se queda tan solo probablemente los demás no estén equivocados. *La idea del límite en filología* es una clara muestra de esa soledad y posiblemente de ese gran error.

Después del capítulo primero, «El problema de la interpretación filológica»,

recopilo aquellos textos que describen la actividad filológica durante la primera modernidad. De entre ellos he destacado un artículo que se publicó en la desaparecida *Philosophica Malacitana*, Suplemento nº 2 de 1994, referido a «La actividad de la filología a la luz de la experiencia de Nietzsche» y la parte doctrinal de la introducción que escribí para mi edición del libro de E. Rohde, *Psique*, la cual publiqué en *Hybris* de Ágora en 1995 con el título «Defensa del Gran Estilo: Rohde y la filología del espíritu».

Después, me he planteado ciertas tentativas de ampliación del límite filológico. Primero, el caso de un nihilista radical, A. Schopenhauer, cuyo estudio apareció al frente del primer volumen de *Parerga y Paralipomena* editados en 1997 por *Hybris* de Ágora. Sitúo seguidamente otra tentativa de ampliación cifrada en el *Comentario de Textos*, que dio origen al artículo que publiqué en *Analecta Malacitana*, xv, 1-2, 1992 con el título «Teoría del comentario de textos». Una tercera pretensión de ampliar el límite se originó simultáneamente al Comentario de Textos e incluso se planificó en mi biblioteca como parte de un solo y mismo artículo. Pero, debido tanto a su extensión como a ciertas dificultades intelectuales no resueltas, me fue imposible, y me es aún hoy, pensar en la *disolución* como una alternativa al *comentario*. El remedio más fácil fue publicar esa segunda parte como artículo independiente en *Analecta Malacitana*, xvi, 2, 1993 con el título «La literatura como disolución», aunque el lector atento podrá percatarse que forman parte de un mismo proyecto.

Viene a continuación «Réplica a 'Discursos del método'», publicado en *Quimera*, 143, 1995. Sobre este artículo debo decir que *Quimera* convocó en septiembre de 1995 a ciertos hispanistas para que polemizaran en torno a la actividad de éstos en Estados Unidos y en España. Sin quererlo, como casi siempre, me vi envuelto en la polémica cuando uno de los intervinientes, el profesor Luis Fernández Cifuentes, de *Harvard University*, al escribir «Discursos del método», opuso un trabajo mío al resto de la crítica española y luego lo cotejé con ejemplos relevantes de la crítica estadounidense. *Quimera* no me informó previamente sobre esa discusión en la que el protagonismo adquirido por mí sin intención alguna me dejaba en clara desventaja, lo cual nunca habría sucedido en otra clase de Revista. En cualquier caso, quiero agradecer a *Quimera* la diligencia con que atendió el derecho de réplica cuando publicó en el mes de diciembre mi defensa de la crítica de que había sido objeto en septiembre; sin embargo, por exigencia editorial, las páginas de esta «Réplica», dada la extensión que adquirieron, no pudieron aparecer completas y sólo vio la luz una versión reducida. Aunque inmediatamente tuve la intención de publicarla completa en otra revista, pensé luego que era mejor olvidar este asunto, pues que yo supiera ninguno de los protagonistas había contrarreplicado. Hoy es, pues, un buen momento para que vea la luz el texto original, tal como fue escrito y enviado la primera vez junto a la otra versión más reducida y finalmente elegida por *Quimera*.

Tras todos estos trabajos sobre el límite de la filología, aparece un segundo bloque de textos que gira en torno a la parcela de *lingüística filológica*, que es la única lingüística que reconozco como tal. La lingüística que se han inventado fuera de la filología es un auténtico disparate, aunque demuestra, para desgracia de los que amamos la tradición, que lo peor está aún por llegar. A esa lingüística filológica pertenecen mis «Fundamentos de exégesis lingüística», publicado en ELUA, 1994-1995, y dos trabajos aparecidos en la revista *Teoría/Crítica*, que dirige Pedro Aullón de Haro, uno, «La paradoja del intérprete», en el número 3 y otro, «Lengua nominal frente a lengua comunal», en el número 4. Estos textos van precedidos de «La imagen de la comunicación en el estructuralismo lingüístico», mucho más antiguo, pues data, como dije antes, de 1982 y apareció en el número 9 de *Verba*. De algunos de los artículos anteriores a 1992 y no recogidos en el presente volumen, no los he recopilado porque no defiendo por completo las tesis sostenidas en ellos aun cuando evidentemente pertenezcan a mi pasado. Naturalmente, reconozco la validez de algunos conceptos como, por ejemplo, los de «predominio lingüístico» —que retomo muy ampliamente en el primer capítulo de este libro— o la diferencia *objeto producido/objeto real* que expuse en «La confusión del pensamiento y la realidad en los textos lingüísticos» o la identificación *discurso/objeto* que aparece en «Los universales del lenguaje: el ciclo transformatorio y la *rule of tree pruning*», etcétera. Pese a que ciertas nociones sigan siendo muy valiosas para mí y que algunos de esos artículos tengan una considerable extensión, la construcción que desarrollan me resulta tan simple que no merece la pena volver a reproducirlos. Como no trato de recoger en este volumen todos los artículos que he escrito hasta el presente sino sólo ofrecer al lector el carácter homogéneo, compacto y centrado en torno a ese núcleo que es para mí la *filología del espíritu*, he dejado también fuera de este libro aquellos otros trabajos que tienen una menor entidad o una información redundante.

En cuanto a los títulos de los textos, he decidido no cambiar ninguno y dejarlos tal como aparecieron en su momento, aunque en algún caso como, por ejemplo, «La literatura como disolución» me resulte poco riguroso y tal vez hubiera sido conveniente denominarlo en su momento «El concepto de disolución artística», o algo así. Aún no sabemos bien los autores lo importante que resulta el hecho de que un artículo o un libro porten un título apropiado y exacto. Y lo mismo que no he cambiado ningún título tampoco he querido corregir la redacción primitiva de los artículos ni actualizar su bibliografía ni tampoco incluir la bibliografía de aquellos que obedeciendo a un propósito consciente carecían de ella y expresamente yo no había querido especificarla. Ni siquiera he añadido referencias bibliográficas cuando los artículos la omitieron conscientemente para buscar una fluidez de estilo, un tema que filológicamente ha revestido para mí la mayor trascendencia. Así, pues, mi preocupación por combinar lo breve con lo largo y lo poco con lo mucho me llevaron a concebir el artículo que figura en

el capítulo segundo sobre la actividad de la filología a la luz de la experiencia de Nietzsche sin notación alguna, a fin de poder lograr la combinación de contenidos esenciales y profundos con bellas formas expositivas. No he querido, por tanto, restituir la bibliografía y he preferido que el lector, y yo mismo, conservemos la perspectiva histórica y podamos constatar cómo puede evolucionar un pensamiento desde su forma primitiva.

Si tuviese que agradecer todo cuanto debe este libro a instituciones y personas, la relación sería interminable. Deseo destacar, en primer lugar, la ebullición intelectual y el ambiente de trabajo que vive en estos últimos años el Departamento de Filología Española I de la Universidad de Málaga, lo que sin duda dará resultados espléndidos en el futuro. Si no hubiera sido por la insistencia de mi buen amigo José Polo, nunca habría tomado la determinación de ofrecer esta recopilación de trabajos. Por último, deseo nombrar aquí también a la propia *Analecta Malacitana*, que me honro en dirigir, al extraordinario entusiasmo de su Consejo de Redacción, y expresamente a las becarias de nuestro equipo Emma Gago, Mónica González y Reyes Márquez, cuya disposición para el trabajo resulta verdaderamente impagable. Así, pues, espero y deseo que este libro sirva de aliento para premiar la generosidad de todos aquellos que nos hemos fijado la meta de convertir *Analecta Malacitana* en el proyecto filológico más importante de España. Y somos amantes de los retos.

11 de enero de 1999

MANUEL CRESPILO  
Universidad de Málaga